

---

## Evolución y problemas del Agro Argentino

---

Horacio Giberti\*

.....

En primer término quisiera señalar que para enfocar el problema agropecuario o la situación agropecuaria argentina de hoy habría que tener claro que debemos estudiar el problema nacional. Se acabó aquella etapa inicial en que el sector agropecuario prácticamente comandaba la economía nacional. Podemos dar un simple ejemplo: en el año 1991, antes de que empezara todo el problema de la convertibilidad, la desocupación, etc., el agro argentino ocupaba aproximadamente 1.300.000 personas y el total de población ocupada en el país excedía los 12 millones de personas, es decir era un sector minoritario. Cuarenta o cincuenta años atrás el sector agropecuario ocupaba un poco más, 1.600.000 personas, y seguía siendo minoritario.

Estas pocas cifras nos sirven para señalar dos cosas claras. El sector agropecuario es en sí, en función del desarrollo tecnológico, un sector que no aumenta su demanda laboral. Dicho en otros términos, es un sector expulsor de población. Ese romántico reclamo de retornar al campo, de repoblar al campo me parece que ya no tiene sentido en una economía moderna. No quiere decir que el campo quede relegado, quie-

---

\* Intervención de Horacio Giberti en la Mesa Redonda «De la convertibilidad a la sojización: evolución y problemas del agro pampeano», realizada en el marco de las Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales (Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, 6 de noviembre de 2003).

re decir que ocupa otro lugar en función de otro desarrollo técnico. Por tanto entonces no podemos pensar los problemas agropecuarios sino en función de un desarrollo económico nacional.

Dicho eso, que creo que es lo que nos debe obsesionar a todos, veamos un poco qué es lo que ha pasado en la región pampeana, en forma resumida ya que los anteriores expositores lo precisaron bien. Si nosotros tomamos cifras globales, la producción, la productividad, el ingreso, se nos muestran en forma favorable. Pero en cuanto rascamos un poco y analizamos, vemos que la producción global aumentó pero concentrándose fuertemente en la soja, por ejemplo en detrimento de muchos rubros ganaderos y de otros sectores de la agricultura.

O sea que nos hemos encerrado en ese casi monocultivo que tiene los problemas económicos y ecológicos que ya se han señalado. Ahora, salir de esto no es fácil, porque no es fácil decirle a un agricultor «no siembre soja porque mañana su suelo puede verse deteriorado», porque en este momento la soja es un cultivo muy rentable y que –luego de algunos años no muy favorables– resulta muy atractivo. En términos ya mucho más globales, en términos de no alentar tipos de producción o especies de producción sino sistemas productivos, es necesario que el estado intervenga por ejemplo no dando créditos para sembrar, cultivar o cosechar alguna especie, sino para alentar un sistema productivo dentro del cual la soja entre en rotación con otro. En fin, este tipo de enfoques globales solo son posibles cuando el Estado tiene una participación activa en la economía, cosa que evidentemente no estuvo en los últimos años.

En cuanto a la productividad, si la definimos como el valor producido por unidad de superficie, también ha habido un progreso muy grande pero ¿a costa de qué? De la concentración de la producción en unidades grandes. Y eso puede tener algún beneficio económico, pero tiene enormes costos sociales. Las explotaciones medianas fueron las que dieron nuestra base de equilibrio social agrario, y lo mismo ocurrió en el campo urbano. De modo que no sólo es cuestión de costos de producción sino de equilibrio social.

Esas explotaciones medianas han quedado relegadas y han quedado mal ubicadas porque todo el sistema económico las abandonó por así decirlo. Se encontraron con todo un cambio en las formas de producción. En la vieja agricultura casi no había insumos comprados. En la economía actual cualquier cultivo de soja debe gastar más de 500 o 600 pesos por hectárea de gastos de producción, gastos hechos en efectivo, no imputaciones al costo, y que generalmente se hacen antes de la cosecha en

los primeros momentos del cultivo y que provocan todo un problema financiero.

Es necesario tener capital y además, frente a cualquier emergencia, a cualquier mala cosecha o cosecha regular, estos gastos crean un serio problema financiero a aquellos agricultores que no tienen una amplia capacidad financiera. De ahí que estas explotaciones medianas se hayan defendido mal frente a ese esquema de producción que requería una fuerte disponibilidad de efectivo, y que no lo defendía frente a adversidades por falta –por ejemplo– de un seguro integral, por no ofrecer créditos en condiciones razonables, etc.

De ahí entonces que las explotaciones grandes hayan crecido. Esa desaparición de explotaciones pequeñas, ese aumento de la superficie media que nos indica el censo, es relativamente normal en una economía agraria que evoluciona, porque las explotaciones medianas tienden a aumentar su superficie en función de que la tecnología les permite trabajar mas extensión. Pero aquí no ha habido fundamentalmente un aumento de promedio por aumento de la superficie de las explotaciones medianas, sino por liquidación de las explotaciones medianas absorbidas por explotaciones grandes.

Y dentro de las explotaciones grandes ha surgido todo este aspecto del contratismo, del fondo de siembra, o sea la explotación por una sola cosecha; de todas esas formas que no son estables y que en realidad aceleran el ciclo económico en lugar de atemperarlo, ya que son actividades que tenderán a aumentar cuando los precios sean favorables y a desaparecer casi inmediatamente cuando los precios son desfavorables. Por eso trabajan con la menor inversión fija posible, por eso alquilan tierras por un año, por eso utilizan mano de obra no fija. O sea que son socialmente poco aconsejables frente a la mediana empresa que se asienta en un lugar, consume en un lugar, compra en un lugar, vende en un lugar, ocupa mano de obra de ese lugar y permanece en el lugar en las buenas y en las malas.

También habíamos dicho que podemos pensar que hubo un aumento sustancial del ingreso global, pero también la dura experiencia nos señala que hubo una terriblemente mala distribución del ingreso, con la inmediata consecuencia de miseria, desocupación, etc. De modo, entonces, que una cosa son las cifras globales y otra cosa la realidad desagregada que se torna evidente en cuanto la estudiamos un poco. En definitiva tenemos una casi condena a muerte de las explotaciones pequeñas y medianas, que si no han desaparecido están en vías de desaparecer, y

una sustitución por la gran explotación que muchas veces es un negocio circunstancial que no asegura continuidad.

Ahora quisiera hacer alguna reflexión respecto a un problema fundamental que surge de este modelo en vigencia, y que es la soja, los transgénicos, todo el paquete tecnológico que lleva en sí el transgénico. Efectivamente se trata de un modelo productivo que tiende a favorecer la gran explotación en la medida que el Estado no intervenga con servicios de extensión que ayuden al pequeño y mediano productor, en la medida en que no haya un crédito razonable, y en la medida en que el Estado haya sido un simple espectador y haya dejado que la economía fuera algo manejado cada vez más por grandes intereses.

Entonces yo creo que el problema es que hay que diferenciar bien los aspectos técnicos de sus consecuencias económicas. El mismo transgénico, el mismo paquete tecnológico, puede tener un efecto social distinto manejado en otra forma. El transgénico en sí es un gran adelanto científico. Desde luego que puede provocar males bastante grandes, tanto consecuencias directas porque su consumo puede provocar problemas, como consecuencias de más largo plazo sobre el suelo, la biovariabilidad, etc. Ahora, creo que tenemos que pensar –y eso es una responsabilidad seria de los técnicos– en discriminar bien qué es verdaderamente el uso adecuado de un instrumento, de una ciencia, y lo que puede ser la aplicación inadecuada, el uso inadecuado de esos instrumentos en manos de quienes no apuntan precisamente al interés general. No es lo mismo los transgénicos manejados por grandes empresas monopólicas que los transgénicos manejados, por ejemplo, por el INTA o alguna institución parecida.

Desde luego, ya que estamos con el transgénico, estos son instrumentos que pueden afectar mucho los ecosistemas, la biovariabilidad, y por cierto que es algo que nos debe preocupar especialmente, pero también es cierto que debemos ver el asunto con claridad y con sangre fría. Los ecosistemas no son algo que debe ser defendido a ultranza, porque debemos procurar que los ecosistemas se adapten a las exigentes y crecientes necesidades del hombre.

La ecología desde un punto de vista etnocéntrico, como debe concebirse la ecología, no consiste en mantener en su estado prístino la naturaleza, porque entonces el hombre no podría crecer o desarrollarse. La ecología consiste en precisamente mantener los ecosistemas o hacer que estos ecosistemas vayan evolucionando hacia formas sustentables de mayor productividad.

Ese es el problema, la sustentabilidad. No mantener el ecosistema en sí, sino ir en lo posible a ecosistemas más productivos pero sustentables. Y al decir sustentables, me refiero a sustentables desde el punto de vista ecológico y biológico, desde el punto de vista económico y desde el punto de vista social. Esos tres elementos integran la sustentabilidad.

Y la biodiversidad también la debemos cuidar, como muy bien lo señaló José Pizarro, pero tampoco debemos ser fundamentalistas en esto. Cuando nosotros combatimos las cucarachas, las pulgas, las moscas, la fiebre aftosa, el SIDA, la roya, estamos atentando contra la biodiversidad, no podemos negar eso. Pero es necesario hacerlo. Desde luego que eso no nos autoriza a barrer toda una serie de especies. En la naturaleza de por sí las especies se crean y las especies desaparecen: los gliptodontes no han sido eliminados por el hombre, desaparecieron en la evolución natural, aparecieron en la evolución natural.

Reitero, miles de especies aparecen y desaparecen naturalmente. Desde luego que eso no nos autoriza a agregar otros miles que aparezcan o desaparezcan por acción humana indiscriminada. Para eso existen los bancos de genes y otras medidas. Pero lo que insisto es en no ser fundamentalistas en defender la naturaleza en sí, la biodiversidad en sí, sino atender a la ecología y la biodiversidad en función del desarrollo del hombre, de la evolución de la economía humana.

Desde luego que este es un tema que se presta a mucho más que este breve debate, mi idea es simplemente esbozarlo, dejarlo un poco flotando, pero insisto en que creo que debemos pensarlo y debatirlo a fondo porque tenemos la posibilidad de usar grandes instrumentos que nos proporciona la ciencia en beneficio del hombre o en perjuicio del hombre. Lo peor que podemos hacer es negar la ciencia, decir «no, esto es malo, esta rama de la ciencia no la cultivemos». La energía atómica puede tener enormes perjuicios, pero nadie puede proscribir los estudios atómicos al servicio de la sociedad.

Y para terminar y un poco salpicando porque me han dejado nichos de ideas, quisiera agregar dos temas. Uno, las retenciones famosas. Yo estoy muy lejos de pensar que las retenciones son un impuesto distorsivo, y estoy muy lejos de pensar que deben desaparecer. Hace rato que vengo sosteniendo que la economía agraria argentina, que es tan dispar, que tiene una región tan favorable como la región pampeana y otras regiones mucho menos favorables, si quiere exportar necesita tipos de cambio distintos. Aquel tipo de cambio que favorezca los productos esencialmente pampeanos no es apto para exportar muchos de los productos no pampeanos. Si colocamos el nivel de tipo de cambio a una

altura que permita las exportaciones no pampeanas, ese mismo nivel de tipo de cambio llevaría los precios de los productos pampeanos a una altura exagerada que repercutiría en un alto costo de vida, porque la mayor parte de los productos exportables pampeanos son bienes-salario que repercuten directamente en el costo de la vida. Es decir, cuanto más subamos los precios pampeanos más rebajamos el salario real. Por eso entonces creo que lo lógico es que haya un tipo de cambio nominal o real para las exportaciones favorables como las pampeanas, y otro más alto para las no pampeanas. Y esa es una de las funciones de las retenciones. Otra forma sería no tener retenciones y tener tipos de cambio múltiples.

Este es un tema que no es para discutir acá. Pero en este momento, que tenemos un tipo de cambio nominal único, necesitamos las retenciones para establecer esas diferencias y no elevar excesivamente el costo de vida de la mayoría de los argentinos. Por otra parte, yo creo que si el sector agropecuario o las entidades del sector agropecuario utilizaran la energía que utilizan desde hace tantos años para combatir las retenciones, las utilizaran para mejorar la transparencia de los precios de los mercados, o para mejorar la racionalidad del sistema de transporte, ganarían mucho más que suprimiendo las retenciones. Porque es curioso, hace poco la AFIP denunció la elusión impositiva de grandes empresas exportadoras y la gran mayoría de las entidades agropecuarias asistieron al debate como si fueran espectadoras, como si no les interesara el problema. Hace poco apareció en La Nación un artículo que señalaba que sobre un transporte de 200 kilómetros, que es más o menos el flete medio de los granos, utilizando el camión, como se hace mayoritariamente en la Argentina, se estaba pagando cuatro veces más que si se utilizara el ferrocarril; ese ferrocarril que hemos destruido con las privatizaciones, con la desaparición de ramales, etc.

Entonces, para terminar, pienso que hay mucho que mejorar tranquilas afuera, como señalé: las retenciones, la comercialización, etc. Y hay todo un arsenal de medidas e instrumentos que pueden mejorar sustancialmente la rentabilidad del sector agropecuario, por la vía de la disminución de costos, y no por la vía del aumento de precios.

Y yo creo, para terminar, que con la soja estamos viviendo una especie de euforia. Día a día los diarios nos están señalando cómo la soja está batiendo récords de precios. Pero tomando ideas que no son más y que oí el otro día de un colega: ¿quién ha estudiado seriamente las proyecciones del mercado de soja como para saber qué nos espera a los argentinos? ¿En qué medida la Argentina y Brasil que dominan el mer-

cado mundial de soja y las exportaciones de soja y sus subproductos son simples tomadores de precios en lugar de influir sobre los precios?

Aún aceptando que la soja nos es útil, y desde luego es así, en este momento, tenemos que pensar qué puede pasar en el futuro, y tenemos que pensar también que no tenemos que ser pasivos frente al mercado de la soja como frente a nada. Para terminar entonces, terminaría con lo que empecé, los problemas agropecuarios son demasiado serios como para considerarlos solo problemas sectoriales. Deben ser considerados problemas nacionales, su solución exige la participación activa del Estado y de un Estado que esté en manos de un gobierno verdaderamente democrático y que tenga un apoyo verdaderamente popular.